

EL BULDÓCER Y EL JAGUAR

BRIGITTE BAPTISTE

ILUSTRACIÓN SARA HERRERA



En las versiones más clásicas, sencillas y vigentes de la ecología como disciplina, se habla de ella como la ciencia que busca entender tanto las relaciones entre los seres vivos, como de ellos con su entorno físico. Eso quiere decir que se reconoce un nivel de interacción entre jaguares y personas y entre estas dos especies y su hábitat, definido por la presencia de agua, minerales, relieve o cualquier cosa que lo modifique. Una licuadora o un bulldócer, siendo extensiones o prótesis de lo humano, juegan en la ecología por partida doble: son artilugios bioculturales a la vez que elementos del mundo inanimado. Curioso, cuando menos, que en la ecología se haya enfatizado el estudio de las funciones biológicas de las especies no humanas, dejando de lado a licuadoras y bulldóceres, cuando las funciones culturales que los controlan parecen ser mucho más críticas.

Las personas sabemos hoy que conocer los efectos de su existencia y sus actividades en el mundo es determinante para su continuidad, por acción u omisión. También que, dado que solo hay un planeta ocupado por nosotros y que estamos inextricablemente conectados con él (no podemos hacer comparaciones estadísticas entre “Tierras”), solo en condiciones muy extrañas, parciales y excepcionales es factible construir una explicación objetiva del mismo. A diferencia de las ciencias exactas, cuando la ecología presume que existe un mundo natural y autónomo por fuera de las interpretaciones culturales, genera una esquizofrenia tal que obliga a la ruptura disciplinar y a muchas comunidades científicas a refugiarse en otros paradigmas, limitando los avances de la integración del conocimiento y el abordaje adecuado de la complejidad tal cual se nos presenta (Bowler¹). Parte de la crisis ambiental proviene de esa incapacidad de entender el mundo humanizado, y parte de los agrios debates acerca del papel de la

política y los modelos de desarrollo de las sociedades también es reflejo de estas limitaciones: si la naturaleza existe allá afuera como objeto puro y los humanos la “contaminamos” constantemente, ¿cómo no privilegiar una ética no intervencionista, y partir de un pecado original, cómo no defender esa naturaleza de nuestra maldad? Y al contrario, si los ecosistemas están llenos de gente interviniendo en todos sus procesos y redefiniendo permanentemente su estado, ¿cómo no privilegiar una ética de intervención, cómo no protegerla y acrecentarla con nuestras capacidades?

Las personas sabemos hoy que conocer los efectos de su existencia y sus actividades en el mundo es determinante para su continuidad, por acción u omisión.

Navegamos entre el Tao ambiental y las ingenierías de los ecosistemas, las cuales nos plantean un profundo problema de agencia, representado, por citar un solo ejemplo, por los debates de la llamada “ecología profunda”² y la “gestión de los ecosistemas”: ¿Quiénes de nosotros y con qué fundamento o criterios podemos definir nuestro rol como seres biológicos capaces de modificar radicalmente el mundo del que hacemos parte, el mismo que nos engendró y vio evolucionar? Por supuesto, el trasfondo es ético y, por ende, político.

Volvamos a la ecología, una palabra siempre amable y sencilla, que desde su nacimiento generó una agenda de investigación biológica y química importantísima, pero que inmediatamente obligó a algunos a llamar la atención acerca del grave error

que representaba ignorar la especie más abundante y de mayor impacto en el planeta. Tal vez la defensa reduccionista y colonial de Herbert Spencer en el siglo XIX acerca de la “supervivencia (social) del más fuerte” sembró una semilla de prevención en la academia, pero los trabajos de Stephen Forbes, Alexander von Humboldt, los hermanos Eugene y Howard Odum, y el catalán Ramón Margaleff, junto con los de los grandes geógrafos (Karl Ritter, Paul Vidal de la Blanche, Carl Sauer, David Harvey) y otros científicos sociales (Frank Boas, Marvin Harris, William Baleé, Edward Evans-Pritchler, Christine Padoch), demostraron que hacer ciencias ambientales basados solo en la comprensión de fenómenos químicos, climáticos, edáficos, hidrológicos o biológicos es completamente inadecuado como fundamento de ciencias verdaderamente integrativas, ecosistémicas en el sentido pleno de la palabra. La prueba, cuando en los años setenta se reconoció la crisis ambiental global y se crearon las agencias públicas para su gestión mediante los estudios de impacto ambiental, fue que no había personal para interpretar los resultados que aportaban las disciplinas, y las explicaciones de la crisis resultaron simplistas e incapaces de promover transformaciones culturales (aquellas que están en nuestras manos) a la altura de las necesidades. El caos normativo y la desarticulación institucional dan fe de ello en todo el mundo. En América Latina fueron Oswaldo Sunkel y Nicolo Giglio en los años setenta quienes abordaron de frente el problema de la sostenibilidad, mientras que en Colombia el diagnóstico epistemológico corrió a cargo de Francisco González y muchos otros, quienes identificarían en los trabajos de Augusto Ángel Maya el núcleo de la responsabilidad histórica de lo humano y su ámbito de operación, tal como historiadores y sociólogos habían venido sugiriendo hacía décadas (Donald Worster, William Cronon, Alfred Crosby) y, de manera excepcional, científicos integradores en Colombia como Orlando Fals Borda y Ernesto Guhl.

El problema de la licuadora y el buldócer persiste, y se ha agudizado en las últimas décadas: la preservación del jaguar en nuestro territorio depende mucho más de las políticas que guían el uso de la tecnología y la institucionalidad, que de la comprensión de la biología del animal. Persiste

en el imaginario la creencia errónea de la biología como disciplina vinculada por excelencia con los temas ecológicos, y mal haría en decir que no tiene esa capacidad, pero no más que ninguna otra: incluso los organismos internacionales contruidos para abordar la problemática ambiental global hacen llamados extensos a científicos sociales a comprometerse y aportar soluciones en áreas tradicionalmente entregadas a las disciplinas “naturales”, aparentemente condenadas a ser cronistas del desastre por la tendencia reduccionista con la que pretenden abordar la problemática social.

Esta situación nos obliga a revisar el significado del quehacer de la ecología como disciplina integradora o, al menos, articuladora de lo social y lo biológico, mal llamado natural, ya que el impulso que la agenda biológica recibió de la ecología, como ciencia más relacionada con la teoría evolutiva (Darwin, Pianka) y la biogeografía (Alfred Rusell Wallace), fue tan marcado en el siglo XX que el papel de las personas (nunca demasiado loable, es cierto) pasó a un segundo plano. También, hay que reconocerlo, porque toda actividad que implica sociedades plantea problemas metodológicos importantes, a menudo asociados con la unidireccionalidad de los procesos culturales (historia): lo que hacemos las personas en el mundo sucede muy rápido y está bastante gobernado por el azar y la incertidumbre (pese a quienes consideran la existencia persistente de conspiraciones internacionales), haciendo que la respuesta del planeta a la incidencia de miles de millones de seres humanos sea inédita (Carrizoza Umaña).

Si volvemos a considerar la naturaleza ecosistémica del buldócer, extender la cualidad mineral de la máquina a una parte de los ciclos biogeoquímicos o tróficos no es tan evidente. Pero lo cierto es que se trata de una invención cultural hecha de metal y otros materiales inertes, que funciona dentro de unos parámetros institucionales (formales o no), dentro de los cuales el metal se oxida y las bacterias lo absorben: todo hace parte de la economía del ecosistema, incluso las ideas. Es imposible abstraer la realidad de la forma en que la pensamos, y la pensamos porque tenemos un cuerpo que habita el mundo, por ello cada pueblo construye sus propias representaciones de la vida, su transcurrir y su papel como sociedad en el planeta. El carácter subjetivo de la



Sara Herrera. Proyecto *Aquí* (2013) Foto Julián Roldán

El problema de la licuadora y el bulldócer persiste, y se ha agudizado en las últimas décadas: la preservación del jaguar en nuestro territorio depende mucho más de las políticas que guían el uso de la tecnología y de la institucionalidad, que de la comprensión de la biología del animal.

ecología es inexorable, como en la física cuántica, y solo una perspectiva sistémica logra proponer una perspectiva cognitiva satisfactoria (Gregory Bateson, Crawford Holling). En Latinoamérica esta perspectiva es por supuesto más acuciante, en cuanto los modos de vida de los países menos industrializados aún tienen márgenes importantes de plantear modelos alternativos de bienestar humano basados en una relación menos destructiva de sus bases biológicas (Víctor Toledo, Enrique Leff, Augusto Ángel Maya).

El enfoque sistémico de las ciencias contemporáneas puede dar razón de la complejidad, en tanto se abordan las relaciones y los procesos entre los componentes del ecosistema y se construye una narrativa adecuada para ello, sea matemática

o literaria: las historias que contienen la interpretación del mundo de lo vivo del pueblo cofán, en la Amazonia, son tan satisfactorias, ecosistémicamente hablando, como los modelos computacionales más complejos, y no se requiere de ningún esfuerzo colonial para que uno valide al otro; sus autonomías epistémicas están garantizadas por la suficiencia de su consistencia adaptativa. Lo interesante es cómo en ese esfuerzo de representar relaciones surge un reto para la integración de decenas de variables o criterios que se conjugan para definir la existencia temporal, transitoria, de un arreglo ecosistémico: un paisaje, un “dominio de estabilidad”. Esta idea, de un mundo simultáneo de paz y de tormentas, proveniente del arte renacentista y alimentada por el romanticismo,

ganó fuerza como modelo del funcionamiento a gran escala típico de los procesos biológicos y culturales que interactúan en un territorio, y por eso Goethe, Schiller y Humboldt fueron personajes históricos en la generación de la ecología y, más tarde, de la perspectiva ecológica del paisaje, geográfica en su esencia. Cuando la intoxicación atmosférica de CO₂ causada por la humanidad se hace innegable, regresa el llamado a entender los fenómenos sociales y las revoluciones que la habitan: la mano que se extiende en forma de buldócer también fue máquina de guerra, y el conflicto entre humanos es parte de la tormenta.

•
Toda naturaleza actual es, por tanto, una construcción perceptiva e interpretativa previa, necesariamente cultural, bien sea que hagamos parte de una ecoaldea o de una sociedad anónima empresarial.

.....•
En términos evolutivos, las tradicionales fuerzas de la naturaleza prehomínida produjeron hace pocos milenios una especie que modificó a fondo el planeta, tanto de manera espontánea como experimental: cada cultura construida en los 200.000 años que duró la colonización de todos los ecosistemas hasta entonces silvestres se convirtió en una historia que cierto grupo o comunidad humana adelantó con vigencia espacial y temporal, sujeta a las leyes de la selección, es decir, de los procesos de autoorganización sistémica que residen tras la complejidad. Por ello la noción de “naturaleza” sin humanos es prácticamente imposible de precisar, requiere ser simulada, y aun así no puede sustraerse de los efectos ya causados. Toda naturaleza actual es, por tanto, una construcción perceptiva e interpretativa previa, necesariamente cultural, bien sea que hagamos parte de una ecoaldea o de una sociedad anónima empresarial. Cambia, por supuesto, la carga de conciencia y el ejercicio político: por ello toda ecología contemporánea es eso, una “ecología política” (Joan Martínez Alier) y una “economía ecológica” (Robert Constanza), en cuanto los componentes


y procesos de los sistemas vivientes constituyen la fuente del bienestar humano, a veces hasta el extremo histórico de considerarles “recursos” administrables, lo que en general ha conducido al colapso, al pensar en el mundo como un sistema de oferta/demanda lineal: peces, maderas, plantas medicinales y genes son indudable fuente de bienestar, pero su encadenamiento con el resto del mundo impide manejarlos con criterio minero, como se ha hecho, es decir, con sostenibilidad a medias (Ramón Tamames). La ecología es economía y por eso entiende la dinámica de las bolsas y la variación de precios dentro de umbrales que, por más abstractos que parezcan, mantienen una relación física con la abundancia y las cualidades de lo viviente. Y este mismo carácter simbólico que atribuye valores monetarios, normalmente muy incompletos para las funciones biológicas que sostienen la salud del planeta y sus sociedades, también hace de los ecosistemas un espacio onírico con efectos en la realidad empírica: la ecología de los pueblos yageceros (sionas, kamsaes, kofanes y otros del neotrópico) está constituida por la conectividad de las dimensiones soñadas y el comportamiento autónomo de las manifestaciones materiales de la vida, como las plantas o los animales, (Phillip Descola, Darell Posey) así como las culturas juveniles definen nuevos valores y posibilidades para la vida dentro y desde las ciudades (Thomas Elmquist).

Al final, es a través del lenguaje que definimos o aprehendemos ese sistema de relaciones, es decir, el ecosistema. El jaguar y el buldócer comparten este estatuto ontológico desde la perspectiva relacional de quien puede dar razón última de su existencia: el conductor del buldócer, que nada sabe del jaguar antes de que devore su mente. Tal vez parezca curioso que de una definición clásica de una disciplina haya llegado a la propuesta de la ecología como un ámbito lingüístico, pero cuando se debate el lugar del humano en el mundo y su responsabilidad ante los demás seres, este se recrea y se vuelve a constituir, como dicen los abuelos en el mambeadero, o los mamos kogui: nada puede existir sin haberse pensado, sin haberse hablado (Reichel Domatoff, María Clara van der Hammen).

¿Qué le queda entonces a la ecología como objeto de trabajo, los discursos ambientalistas o

el abismo aterrador de posibilidades de la posmodernidad? Tal vez un poco de todo, dadas las modificaciones radicales del planeta que estamos causando; sin embargo, la realidad material no desaparecerá, simplemente se hará más compleja, ganando capas y capas de nuevas entidades y nuevos significados (Michel Foucault, Gilles Deleuze, Félix Guattari). El universo cyborg de los poshumanistas y de algunas ecofeministas (Donna Haraway, Judith Butler) predice que el ecosistema ahora será simulado mediante la realidad virtual, que dominará las comunicaciones globales en pocos años, y por las capacidades nanobiotecnológicas y cibernéticas de redefinición del funcionamiento de los seres vivos a escala molecular. La ciudad de las máquinas, en *Matrix* (Hermanas Wachowski), no es menos ecosistémica por no tener átomos de carbono organizados en forma de perro y metabolizando nitritos en las esquinas.

Para algunas personas, estos planteamientos se recogen en las llamadas “ciencias ambientales”, pero es preferible seguir considerándolos el fundamento de la ecología, que en resumidas cuentas, y en una visión muy personal, es la disciplina que analiza y sintetiza, en muchas lenguas, los procesos de organización y reorganización permanente de los seres vivos, cada uno con su inteligencia y sensibilidad (agencia), hoy en día inexorable e irreversiblemente afectados por las decisiones y actividades humanas. Dada esa condición, es posible reconocerla como una disciplina posmoderna, híbrida, que incluye como objeto de estudio la interpretación de los fenómenos complejos típicos de la organización de los sistemas vivientes planetarios, algunos reducibles a modelos cuantitativos, otros no, y que deben servir de fundamento a los experimentos de sostenibilidad de la especie humana, éticamente responsable del resto de la evolución.

La paradoja del hombre jaguar como conductor del bulldócer... 

.....
Brigitte Baptiste (Colombia)

Bióloga. Magíster en Conservación y desarrollo tropical y Doctora en Economía ecológica y manejo de recursos naturales. Directora del Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.

Referencias

- Bateson, Gregory (1972). *Steps to an Ecology of Mind: Collected Essays in Anthropology, Psychiatry, Evolution, and Epistemology*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press.
- Bowler, PJ (1997). *Historia fontana de las ciencias ambientales*. Fondo de Cultura Española.
- Butler Judith (1990). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*, Nueva York: Routledge
- Carrizoza Umaña, Julio (2014). *Colombia compleja*. Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá.
- Constanza, Robert (1991). *Ecological economics: The science and management of sustainability*. Nueva York: Columbia University.
- Darwin, Charles (1859) (1921 trad.) *El origen de las especies*. Madrid: Espasa Calpe.
- Deleuze, Gilles & Guattari, Félix (1980). *Mille Plateaux*. París: Les Éditions de Minuit.
- Descola, Philip (2013). *Beyond Nature and Culture*. Janet Lloyd (trad.). Chicago: University of Chicago Press.
- Elmqvist, Thomas; Fragkias, Michail; Goodness, Julie et al. (2013). *Urbanization, Biodiversity and Ecosystem Services: Challenges and Opportunities: A global assessment*. Springer.
- Foucault, Michel (2009). *Nacimiento de la biopolítica*. París: Akal.
- Guattari, Félix (1989). *Les trois écologies*. París: Galilée.
- Haraway, Donna (1989). *Primate Visions: Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*. New York: Routledge.
- Martínez Alier, Joan (2002). *The environmentalism of poor*. England: Edward Elgar ed.
- Naess, Arne y S. Kumar (1992). *Deep Ecology*. Phil Shepherd Production.
- Tamames, Ramón (1979). *Ecología y desarrollo: la polémica sobre los límites al crecimiento*. Madrid: Alianza.
- Van der Hammen, María Clara (2003). *The Indigenous Resguardos of Colombia: their contribution to conservation and sustainable forest use*. IUCN, Amsterdam/Guiana Shield Initiative.
- Wallace, Alfred Russel (1876) *The Geographical Distribution of Animals*. Harper and Brothers.

Notas

¹ Los nombres utilizados en este artículo son apenas invitaciones a cada una de las líneas de pensamiento que, de manera muy personal, contribuyen a mi formación como ecóloga. Sugiero sólo un texto por autor, el que mejor conozco, y debo aceptar que tengo un fuerte sesgo hacia la academia anglosajona y europea, directa o indirectamente asociadas con el pensamiento occidental, el cual indudablemente tiene grandes limitaciones para entender la complejidad de las relaciones sociedad, naturaleza. Hasta hace muy poco tiempo autores de Europa oriental, Asia u Oceanía no estaban al alcance. Mucho menos una visión adecuadamente sistematizada de las tradiciones del pensamiento prehispánico o afrodescendiente, que no por ser orales o estar codificadas en complejos rituales poseen menos valor. El conocimiento humano es extenso, pero nuestros métodos para compaginarlo, aún parroquiales o coloniales.

² Arne Naess y su propuesta de la “ecología profunda”, y muchas de las “leyes de origen” de los pueblos indígenas, han propuesto un umbral ético-político extremadamente restrictivo al ejercicio de la transformación del mundo, al contrario de lo que opinan HT Odum y otros, para quienes el umbral es móvil y debe interpretarse según los efectos que esas transformaciones nos vayan indicando.